



EL hidalgo de mi pueblo, el doctor Livesey y otros varios caballeros amigos míos me han rogado que escribiese minuciosamente todo lo que nos ocurrió con la isla del tesoro, desde el principio hasta el fin, sin omitir más detalle que la situación geográfica de la isla, porque todavía dejamos en ella una parte del botín escondido. Tomo, pues, la pluma en el año de gracia de 1763, para remontarme a aquellos ya lejanos días de mi infancia, cuando mi padre tenía abierta la posada de El Almirante Benbow, y el viejo lobo de mar, curtido por la intemperie y con el rostro surcado por la siniestra cicatriz de un tremendo sablazo, se hospedó en nuestra casa.

Paréceme estar viéndole todavía, como si fuese cosa de ayer, el día que apareció renqueando a la puerta del mesón, seguido de una carretilla con un gran cofre marino. Era alto, ancho de espaldas, fornido y extraordinariamente moreno. Su embreada coleta le colgaba a la espalda, rozando una vieja casaca verdosa y mugrienta. Tenía las manos ásperas y acuchilladas, las uñas rotas y sucias; y, atravesando su mejilla derecha, desde la mandíbula hasta la sien, el hondo surco de aquella vieja cicatriz grisácea y apergaminada. Silbando entre dientes anduvo un rato escudriñando la ensenada cercana; y de pronto, volviéndose de espaldas al mar, mientras regresaba a la hostería, entonó aquella extraña y antiquísima canción que tantas veces le oí cantar después, en sus interminables horas de soledad y de ocio:

*Quince hombres sobre el cofre del muerto,
¡Ah, ja, jai!
¡Y un gran frasco de ron!*